

CAPÍTULO 18

Hume y Kant en torno al conocimiento, la causalidad y el escepticismo

Sofía Calvente

David Hume (1711-1776) e Immanuel Kant (1724-1804) fueron contemporáneos durante cincuenta y dos años y compartieron la inquietud por muchos problemas propios de su tiempo. Por ese motivo, determinar la influencia que Hume —autor escocés— pudo haber tenido sobre Kant —autor alemán— no es sencillo ya que muchas de las afinidades entre ambos autores se deben, justamente, a que compartieron un clima de época común. Sin embargo, el mismo Kant se encargó de mencionar, analizar y discutir ciertos temas de la filosofía humeana, los cuales nos permiten poner de manifiesto qué influencia general tuvo el pensamiento de Hume sobre la filosofía de Kant.

Kant menciona a Hume en varias de sus obras y generalmente lo hace de manera elogiosa. En *Crítica de la razón pura* (A 1781 / B 1787), su obra más importante¹⁶³, encontramos numerosos ejemplos, entre los que podemos citar su caracterización del filósofo escocés como “el impenetrable Hume, hombre realmente cualificado para el equilibrio del juicio”, o “un autor tan clarividente y estimable” (CRP: A 764 / B 792)¹⁶⁴. Tal vez la referencia más renombrada es la que hace en otra obra, *Prolegómenos a toda metafísica futura que pueda presentarse como ciencia* (1783), donde señala que la crítica formulada por Hume al concepto de causalidad lo llevó a interrumpir su “sueño dogmático” (Prol., 16: 259-260) en cuanto al modo de considerar la metafísica.

Fenomenismo

En primer lugar, tanto la filosofía de Kant como la de Hume pueden ser consideradas como fenomenistas debido a que consideran que no es posible un conocimiento de las cosas tal

¹⁶³ Kant publicó dos ediciones de la *Crítica de la razón pura*. La primera se editó en 1781 (conocida como edición A) y tuvo poca acogida por parte de los lectores. Kant concluyó que casi nadie la había leído completa y les que lo habían hecho la encontraron aburrida e incomprensible. En 1787 publicó una segunda edición (conocida como edición B) en la que reescribió varias partes y logró una recepción más favorable de su pensamiento, convirtiéndose en uno de los pensadores más influyentes de Alemania.

¹⁶⁴ El método de citación de las obras de Kant se aclara en la sección Referencias.

como son en sí¹⁶⁵. Es decir, ninguno cree que podamos tener acceso a lo que podríamos llamar la estructura de la realidad, lo que la realidad misma sea independientemente de nuestra mirada o conocimiento de ella, sino que solo podemos conocer de la manera en que nuestra capacidad cognoscitiva nos lo permite. Podríamos decir que accedemos a una realidad que es la que el ser humano puede tener conforme a sus características, pero esa no es la única realidad posible: los murciélagos, los delfines o las moscas tienen su propia capacidad de acceder al mundo, y por ende una versión diferente a la nuestra de lo que sería la realidad. Por eso no podemos garantizar que los seres humanos tenemos acceso a lo que el mundo o la realidad son *en sí* (realidad trascendental), es decir, independientemente del modo en que los conocemos desde nuestra perspectiva humana. El nombre *fenomenista* tiene que ver con que se denomina *fenómeno* al objeto de conocimiento al cual podemos acceder en función de las condiciones *a priori* de nuestra subjetividad. Esos fenómenos se dan en la realidad empírica y se nos presentan en la experiencia.

En segundo lugar, ambos filósofos revalorizan el conocimiento empírico porque le conceden gran importancia a las percepciones sensibles en el inicio del proceso de conocimiento. Sin embargo, cada uno las comprende de modo diferente y les otorga un rol distinto. Hume considera que las percepciones son la *materia prima* de la mente y las divide en dos clases, según su grado de fuerza y vivacidad. Las más vívidas se denominan impresiones, que son percepciones mentales originadas por los sentidos externos y la reflexión. Luego están las ideas, que son copias de las impresiones y por lo tanto son menos fuertes que ellas¹⁶⁶. Desde esta perspectiva el fenómeno es simplemente lo dado a la conciencia, sin que ello represente necesariamente el aparecer de *algo*, es decir, las percepciones son aquello que está en la mente pero no necesariamente se producen porque hay un objeto externo que las causa. Recordemos que Hume es escéptico y señala que no tenemos manera de comprobar la existencia de objetos exteriores a nuestra mente, por lo que las percepciones podrían ser tanto resultado de una alucinación, del poder de Dios para crear ideas y ponerlas en nuestras mentes, o de objetos que están en el mundo. Por lo tanto, desde la perspectiva de Hume, la existencia de objetos externos es una suposición impuesta por la naturaleza humana y no como consecuencia de un acceso directo a esos objetos. Creemos que hay objetos exteriores porque nuestra imaginación enlaza las percepciones de manera tal que les da constancia y coherencia, y eso nos hace creer que aquello que percibimos sigue existiendo de manera permanente más allá de que nosotros lo observemos o no. Pero eso no deja de ser una creencia en una suerte de ficción y no constituye conocimiento estrictamente hablando, en tanto no puede ser demostrado contrastando esas ideas con los supuestos objetos que las causarían.

Kant tampoco considera que nuestro entendimiento sea capaz de tener acceso a las cosas en sí, pero sostiene que las impresiones sensibles nos remiten a algo ajeno a y distinto de ellas,

¹⁶⁵ Somos conscientes de que el término *fenomenismo* en filosofía se puede entender de distintas maneras. Sin embargo, a los fines del presente capítulo lo usaremos en el sentido que hemos mencionado.

¹⁶⁶ Para una presentación más desarrollada de estos temas véase el [capítulo 16](#) de este libro.

que es el trasfondo de la percepción sensible. El fenómeno, para Kant, es el resultado de una síntesis entre algo que aparece a nuestra percepción —aunque no podamos conocerlo tal como es *en sí*—, y algo que pone nuestra razón. Kant lo explica así:

admito, ciertamente, que hay cuerpos fuera de nosotros, esto es, cosas que conocemos mediante las representaciones que nos produce su influjo sobre nuestra sensibilidad, aunque nos son completamente desconocidas en lo que respecta a cómo sean en sí mismas; cosas a las que les damos el nombre de cuerpo, palabra que entonces significa solamente el fenómeno de aquel objeto desconocido para nosotros, pero no por ello menos real (Prol., 51: 288-289).

Es decir que Kant, a diferencia de Hume, reconoce que hay una realidad empírica que actúa como causa directa y exterior de nuestras percepciones sensibles, a pesar de que no podamos conocer la realidad tal como es en sí, sino tal como se aparece a nuestras facultades cognitivas. Como Kant lo señala en la cita, nuestras facultades construyen representaciones de esas cosas que están fuera de nosotros. Por lo tanto, lo que conocemos no son las cosas mismas (realidad trascendental) sino representaciones mentales de los fenómenos (realidad empírica). Estas están, por ello, circunscriptas a lo que se nos manifiesta en la experiencia que es posible según las condiciones *a priori* que tiene el sujeto trascendental.

Podemos considerar entonces al fenomenismo de Hume como *perceptual*, ya que se queda encerrado en la conciencia al considerar que es imposible establecer vínculos con las supuestas causas de las percepciones, y al fenomenismo kantiano como *realista*, en tanto nos remite a una realidad extramental aunque no podamos conocerla tal cual es (Rábade Romeo, 1975, pp. 458-464).

El conocimiento empírico

¿Cuál es el lugar que le concede cada autor al conocimiento empírico? Hume considera que la única ciencia constituida por conocimientos universales y necesarios es la matemática porque permite una certeza demostrativa, puramente racional, es decir, independiente de la experiencia, y está regida por el principio de no contradicción. A este ámbito de conocimiento, Hume lo denomina *relaciones de ideas* porque es independiente de lo que pueda suceder en el mundo natural y social: sus conclusiones son producto de meras relaciones abstractas entre ideas que ya poseemos. Por otra parte, caracteriza al conocimiento basado en la experiencia como un conocimiento acerca de las *cuestiones de hecho*, es decir, de lo que sucede en el mundo natural, social y humano, ámbito en el cual no rige el principio de no contradicción ya que nada impide que pueda suceder lo contrario a cualquier cuestión de hecho. Por esta razón, no podemos alcanzar un conocimiento demostrativo en este ámbito, sino solo grados de probabilidad. Hume reserva el término *conocimiento* para lo que es susceptible de demostración estricta y aplica el nombre *creencia* a aquello respecto de lo cual

solo podemos alcanzar distintos niveles de probabilidad. Sin embargo, en tanto los conocimientos matemáticos son relaciones entre ideas, las cuales a su vez se derivan de las impresiones, no nos permiten ampliar el conocimiento más allá de lo que podamos obtener en el ámbito de las cuestiones de hecho. Por ese motivo y en última instancia el alcance del conocimiento humano no puede extenderse más allá de las cuestiones de hecho.

Esta división entre dos ámbitos de conocimiento —relaciones de ideas y cuestiones de hecho— puede relacionarse con una distinción que propone Kant en la Introducción a la *Crítica de la razón pura*. Allí Kant distingue entre un conocimiento que es independiente de la experiencia, al que llama *a priori*, y un conocimiento que depende de la experiencia, al que llama *a posteriori*. El conocimiento *a priori* tiene dos características: es universal y necesario. En primer lugar, es universal porque lo que se afirma en los enunciados *a priori* es válido en todos los casos, no admiten ninguna excepción. Recordemos el ejemplo que dimos en el capítulo 16, “Algunas nociones básicas sobre la teoría del conocimiento de Hume”, respecto de los perros *border collie*. Ese enunciado no es universal porque justamente reconocíamos que era válido para la cantidad de perros que habíamos observado durante un determinado período de tiempo y en ciertos países. Dada la posibilidad de que en el futuro apareciera un perro *border collie* que no cambiara de pelaje dos veces al año, no podíamos afirmar que *todos los perros border collie cambian de pelaje dos veces al año*. Los enunciados *a priori* son aquellos en los que se afirma algo de todos los casos, porque no es posible que haya excepciones, mientras que en el ámbito de la experiencia es posible que aparezcan excepciones; en este caso, es posible que aparezca un *border collie* que no cambie de pelaje en absoluto o que lo cambie cuatro veces al año. Kant ofrece como ejemplo de enunciado universal *todo cambio ha de tener una causa*, ya que la idea de cambio supone en todos los casos que hay algo que produce esa modificación. Si algo cambia es porque hubo algún factor o conjunto de factores que produjeron esa modificación, y a esos factores los llamamos *causas*. En segundo lugar, el conocimiento *a priori* es necesario porque no puede ser de otra manera, ya que lo contrario implicaría una contradicción. Por ejemplo, si decimos *todos los triángulos tienen tres lados*, lo contrario implica una contradicción: si la figura tuviese cuatro lados, dejaría de ser triángulo y pasaría a ser un cuadrado. No es posible que algo sea un triángulo y no tenga tres lados.

Respecto del conocimiento *a posteriori*, Kant señala que es aquel que solo podemos obtener por medio de la experiencia. Coincide con Hume en notar que en el ámbito de la experiencia no existe una universalidad estricta: solo podemos afirmar que algo es válido en la mayoría de los casos, pero no en todos. También coincide con Hume en afirmar que en el ámbito de la experiencia no hay necesidad: la experiencia nos enseña que algo tiene ciertas características, pero no nos dice que esas características no puedan ser diferentes, que no pueden ser de otro modo. Sin embargo, Kant propone una tercera clase de conocimientos que combinan las características de los dos anteriores, ya que considera que en el ámbito de la experiencia hay algunos enunciados que están dotados de universalidad y necesidad. El conocimiento sobre cuestiones de hecho no constituye únicamente un conjunto de creencias basadas en el hábito o la costumbre, como señala Hume. ¿Por qué llega a esta conclusión? Porque dice que hay algunas disciplinas, como

la física, que enuncian ciertas leyes de manera universal y necesaria acerca de fenómenos naturales —por ejemplo, la ley de gravedad—, o como la geometría, cuyos principios pueden aplicarse efectivamente a los fenómenos empíricos. Entonces el hecho de que estas ciencias existan y puedan usarse de manera exitosa y segura para explicar fenómenos naturales implica que en la experiencia no solo hay elementos *a posteriori* sino también *a priori*.

La causalidad

En tercer lugar, un punto fundamental de la relación entre Hume y Kant es la crítica a la noción de causalidad. Recordemos que el filósofo escocés señala al respecto que “un acontecimiento sigue a otro pero jamás observamos un enlace entre ellos. Aparecen asociados, pero nunca conectados” (IEH 7.26)¹⁶⁷. Cuando decimos que un objeto está conectado a otro solo queremos decir que ha adquirido una conexión en nuestro pensamiento. Eso se explica mediante el hábito que se genera por el hecho de haber observado una repetición de casos similares. En la interpretación de Kant, Hume concluyó que el concepto de causalidad es hijo de la imaginación, la que, a partir de la experiencia, relaciona ciertas representaciones mediante los principios de asociación y hace pasar lo que no es más que una conexión causal subjetiva (creada por la mente), por una conexión causal objetiva (perteneciente a los objetos).

Sin embargo, Kant considera que la crítica de Hume fue parcial porque no planteó el problema en su totalidad. Lo que Kant se propone entonces es extender la crítica al concepto de causalidad a toda la razón pura, por haberse dado cuenta de que la causalidad no es el único concepto mediante el cual el entendimiento piensa *a priori* conexiones entre las cosas. El proyecto de Kant es una ampliación de la crítica que hace Hume respecto de la conexión causal a la crítica de otros enlaces que realiza nuestra razón.

Kant señala que Hume

estimó que todos los supuestos principios *a priori* del entendimiento y la razón eran ficciones y vio que no eran más que una costumbre derivada de la experiencia y de sus leyes y, consiguientemente, reglas empíricas, es decir, reglas accidentales en sí mismas a las que nosotros atribuimos una presunta necesidad y universalidad (CRP: A 765 / B 793, cursivas en el original).

Por su parte, Kant sostiene que la conexión causal es inherente a nuestro modo de conocer. No es un principio al que llegamos por medio del hábito que surge luego de haber observado reiteradas veces la conjunción entre objetos, sino que es un principio constitutivo de nuestro entendimiento que es independiente de la experiencia y es común a todo ser humano. Además

¹⁶⁷ El método de citación de las obras de Hume se aclara en la sección Referencias.

sostiene que la causalidad no es el único principio necesario y universal mediante el cual conocemos; por eso, como acabamos de señalar, su proyecto consiste en gran medida en rastrear cuáles son todos los principios *a priori* que se ponen en juego al momento de conocer. En la *Crítica de la razón pura* se encarga de enumerar cuáles son esos conceptos y principios comunes a todo ser humano mediante los cuales conocemos lo que puede presentarse a la experiencia, y los llama *categorías* o *conceptos puros del entendimiento*.¹⁶⁸ Kant cree que estos conceptos son independientes de la experiencia, es decir que son *a priori*, pero sin embargo nos sirven para conocer todo objeto que forme parte de la experiencia.

En síntesis, la diferencia entre ambos filósofos respecto de la naturaleza de la conexión causal radica en la respuesta que uno y otro brindaron a este problema: Hume apeló al hábito para explicar la idea de conexión necesaria, ya que consideró que la relación causal era el resultado de una larga serie de experiencias uniformes. Kant invirtió el planteo de Hume al afirmar que la causalidad es un principio previo a la experiencia, al que sometemos la sucesión de fenómenos que observamos y es lo que nos permite conocerlos empíricamente. La causalidad es un concepto del entendimiento establecido *a priori*, que tiene un carácter necesario y universal, pero solo con respecto a lo que conocemos mediante la experiencia y no en relación a lo que las cosas sean en sí, ya que acerca de eso nada podemos conocer. Entonces ambos filósofos coinciden en afirmar que el principio de causalidad rige solo en el ámbito de nuestras representaciones mentales —o percepciones, en palabras de Hume— y no en el ámbito de las cosas en sí. Sin embargo, para Kant, la causalidad puede considerarse como una ley porque es un principio necesario y universal, ya que es un modo de enlazar representaciones propio de nuestro entendimiento, mientras que para Hume no tiene ese carácter universal y necesario sino que es un principio inductivo que produce conocimientos de tipo probable, es decir, válidos en general pero no de manera inevitable ni inexorable, porque surge del hábito.

El escepticismo sometido a la crítica

Además de recoger muchos de los señalamientos de Hume, Kant realiza una crítica a la postura escéptica de su predecesor por considerar que no es fructífera sino estéril para el avance del conocimiento. Sostiene que, con la crítica a la causalidad, Hume encendió la primera chispa que iluminó el problema de los alcances de la razón pura, pero que fue él (el propio Kant) quien finalmente logró determinar tanto los límites como el contenido de nuestra facultad de conocimiento.

¹⁶⁸ Las categorías son doce y se dividen en cuatro grupos: las de la cantidad (abarca los conceptos de unidad, pluralidad y totalidad), las de la cualidad (los conceptos de realidad, negación y limitación), las de la relación (sustancia y accidente, causa y efecto, acción recíproca) y las de la modalidad (posibilidad-imposibilidad, existencia-no existencia, necesidad-contingencia).

La *Investigación sobre el entendimiento humano* comienza afirmando que, si bien el hombre es un ser racional, “los límites del entendimiento humano son tan estrechos que poca satisfacción puede esperarse de él, dados el alcance y confiabilidad de sus logros” (IEH 1.6). Por ese motivo, Hume se propone conocer las diferentes operaciones de la mente, distinguir unas de otras y clasificarlas de manera adecuada. El pensador escocés decía haber encontrado en el escepticismo mitigado un método para restringir las investigaciones sobre el entendimiento a los límites adecuados a nuestra capacidad, poniendo freno a sus pretensiones exageradas¹⁶⁹. Esos límites, a criterio de Hume, son los de la “vida cotidiana y la práctica común” (IEH 5.1) cuya utilidad reside en permitirnos descubrir cuán vasta es nuestra ignorancia acerca de las cuestiones que exceden este ámbito. Entre esas cuestiones, que quedaban por fuera de nuestro ámbito de conocimiento, estaban fundamentalmente la posibilidad de conocer entidades no empíricas como Dios o el alma¹⁷⁰.

A este proyecto de autoconocimiento de la mente sin duda adhirió Kant. Lo que no aceptó fueron las conclusiones escépticas a las que arribó Hume ya que entendía que la conciencia de nuestra ignorancia no debía ser lo que pusiera punto final a nuestras investigaciones, sino justamente la causa que las provocara. El escepticismo era considerado por Kant como una alternativa no fructífera porque, a pesar de que pretendía limitarse a moderar las pretensiones de la razón, terminaba cercenándola. El escepticismo nos conducía a un callejón sin salida, lo que significaba ni más ni menos que el fin de la filosofía.

En la *Crítica de la razón pura* Kant describe la postura escéptica de Hume como una “censura de la razón”. Afirma que Hume se limitó a señalar que todas nuestras pretensiones de querer conocer algo más allá de lo empírico son inútiles. Sin embargo, Kant señala que la filosofía crítica que él promueve consiste en someter a examen “no los hechos de la razón, sino la razón misma, atendiendo a toda su capacidad y aptitud para los conocimientos *a priori*” (CRP: A 761 / B 789). Mediante la crítica de Kant no solo es posible probar que la razón tiene límites, como sucede en el caso de la censura de la razón de Hume, sino también determinar cuáles son esos límites, es decir, qué somos capaces de conocer y qué no.

Entonces Kant ve al escepticismo de Hume como un paso necesario para despertar a la razón de su “dulce sueño dogmático” (CRP: A 757 / B 785) al hacernos desconfiar de los principios por los cuales se rige. Pero no es suficiente para llegar a una propuesta como la de Kant, que busca avanzar más allá de la crítica escéptica para alcanzar “una certeza completa, sea del conocimiento de los objetos mismos, sea de los límites en los que se halla encerrado todo nuestro conocimiento de objetos” (CRP: A 761 / B 790-1). El escepticismo es para Kant un lugar de tránsito, un paso obligado, pero no un punto de llegada. Su objetivo no es la suspensión del juicio sino la construcción de un conocimiento seguro acerca del modo en que conocemos los objetos de la experiencia.

¹⁶⁹ Para una breve presentación de las clases de escepticismo provenientes de la Antigüedad que se retomaron en la modernidad véase el [capítulo 7](#) de este libro.

¹⁷⁰ Con respecto a la cuestión de la mente o el alma y la identidad personal en Hume véase el [capítulo 17](#).

La crítica a la metafísica

Kant considera que la crítica que hizo Hume a la noción de causalidad es un ataque decisivo a la metafísica, en tanto la conexión causal es un concepto fundamental de esa disciplina. Esa crítica condujo a Hume a considerar que no era posible la metafísica ni que tampoco podría llegar a desarrollarse jamás, porque estimó que todos los principios *a priori* de la razón eran solamente reglas empíricas a las que atribuíamos una supuesta necesidad y universalidad. Sin embargo, Kant sumó a la tarea destructiva de Hume un aspecto positivo: el de determinar si es posible desarrollar un conocimiento metafísico que tuviese las características de una ciencia.

¿Cuál es la metafísica a la que Kant está criticando? Kant distingue entre dos grandes sentidos de metafísica: por un lado, habla de ella como una *disposición natural*, es decir una tendencia propia de la razón humana a buscar el conocimiento de aquello que trasciende lo sensible. Como ejemplos de este tipo de disposición, Kant menciona preguntas tales como si el mundo tiene un comienzo o existe desde toda la eternidad. Esta disposición natural a la metafísica es algo que nunca va a dejar de existir.

La crítica de Kant no se dirige a la disposición natural a la metafísica, que es imposible de erradicar de la mente humana, sino que apunta a la metafísica entendida en un segundo sentido al que llama *metafísica dogmática*. La metafísica dogmática es un modo particular de estructurar y dar respuesta a la tendencia natural a formular preguntas acerca de lo suprasensible, que se desarrolló en la tradición filosófica alemana anterior a Kant. La estructura de la metafísica dogmática se basaba, por un lado, en considerarla como una ciencia filosófica fundante (o filosofía primera) cuyos principios debían estar en la base de todas las demás ciencias¹⁷¹. Por otro, se la subdividía entre una rama que debía tratar acerca de lo existente en general (metafísica general) y otra que debía ocuparse de entidades particulares suprasensibles como Dios, el alma, la libertad y el mundo entendido como una totalidad (metafísica especial) (Torreti, 1982, p. 29).

Para alcanzar su propósito, la metafísica dogmática empleaba principios *a priori* exclusivamente racionales, independientes de la experiencia ya que justamente lo que buscaba conocer eran entidades de carácter suprasensible. Esto se debe a que los filósofos que impulsaban este tipo de metafísica consideraban que la razón era un instrumento de conocimiento perfecto y autosuficiente: bastaba solo con aplicar cuidadosamente una serie de reglas para alcanzar todos los conocimientos posibles. Este optimismo y confianza en la razón hacían creer que era posible acceder a ámbitos de conocimiento donde no eran posibles ni la experimentación ni la observación (Caimi, 2007, pp. VII-LXXVIII). Más aún, se consideraba que el conocimiento alcanzado por medio de los sentidos era confuso, y que el verdadero conocimiento era aquel que partía de principios racionales universales y avanzaba hacia lo particular por medio de la deducción.¹⁷²

¹⁷¹ Este modo de entender la metafísica como filosofía primera también era compartido por Descartes y puede remontarse incluso a Aristóteles.

¹⁷² Este tipo de método posiblemente les recuerde a Descartes y tiene su origen en él. También era compartido por filósofos alemanes anteriores a Kant, como Gottfried Wilhelm Leibniz y Christian Wolff.

Kant consideraba que, hasta el momento, la metafísica dogmática no había logrado producir ningún tipo de conocimiento acerca de las entidades suprasensibles y por eso no había logrado aún constituirse como ciencia, a diferencia de otras disciplinas como la física y la matemática. El problema, para Kant, consistía en que no era posible emprender semejante tipo de tarea sin antes analizar si nuestra razón está capacitada para eso. Es decir que, si abandonamos la experiencia, debemos aclarar sobre qué otro fundamento se apoyará nuestro conocimiento. Es necesario determinar, entonces, cómo podemos obtener conocimiento sobre Dios, el alma o el mundo *a priori* y qué validez tiene ese conocimiento. Kant va a concluir que no es posible una metafísica tal como la que proponen los dogmáticos.

Referencias

Fuentes primarias

- Hume, D. (1992) [1748]. *Investigación sobre el entendimiento humano* (Trad. M. Holguín). Bogotá: Norma. [Citado como IEH, indicando a continuación número de sección y de párrafo].
- Kant, I. (1984) [1783] *Prolegómenos a toda metafísica futura que pueda presentarse como ciencia* (Trad. M. Caimi). Buenos Aires: Charcas. [Citado como Prol., indicando a continuación número de página de esta edición y luego la página de la edición canónica de la Academia de Berlín].
- Kant, I. (2005) [1781/7] *Crítica de la razón pura* (Trad. P. Ribas). Madrid: Taurus. [Citado como CRP, indicando a continuación la paginación de las ediciones A y B de la edición canónica de la Academia de Berlín].

Fuentes secundarias

- Caimi, M. (2007). Introducción. En I. Kant, *Crítica de la razón pura* (VII-LXXVIII) (Ib. Trad). Buenos Aires: Colihue.
- Rábade Romeo, S. (1975). *Hume y el fenomenismo moderno*. Madrid: Gredos.
- Torreti, R. (1982). *Manuel Kant. Estudio sobre los fundamentos de la filosofía crítica*. Buenos Aires: Charcas.